

DOCTORADO HONORIS CAUSA.

JAEN 9.11.2009.

Excmo. Sr. Rector,

Miembros del Claustro,

Autoridades, Familia

Queridos amigos y paisanos de Jaén:

Hoy comparezco ante vosotros con el alma henchida de orgullo y el corazón encogido de emoción, para compartir con vosotros y vosotras algo que a todos nos pertenece: el amor por nuestra tierra, un espacio lleno de penas y alegrías que han dado y siguen dando contenido a las agrestes agujas de los cerros y montañas, a las llanuras y colinas revestidas de olivos y cerezos, a los ríos casi exhaustos y a los caminos de arboledas, a los pueblos y ciudades preñadas de historia, alegrías y sufrimiento de miles de gentes buenas y sencillas.

Comparezco en representación de la gente que me quiere y me respeta, e incluso de los que no sienten por mí esos valores; comparezco, ligero de equipaje, para compartir con todos vosotros estos momentos de alegría, y, para recordar a los que no pueden estar, a los que tienen nombre y apellidos pero se les ha negado el descanso entre los suyos; y, comparezco, humilde, a recoger un premio, un honor, que la Universidad de Jaén, mi tierra, me ha conferido. Universidad que me ha permitido trabajar desde hace unos años en los cursos de verano de Torres, lugar donde nací.

Soy Juez y por serlo no debería recibir más mérito que el de saber cumplir con mi labor de administrar Justicia porque “ahí entra la habilidad y el buen juicio y principalmente, como decía Cervantes, la buena intención de acertar, porque si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines”.

Pero de bien nacidos es ser agradecidos y yo quiero serlo hoy y alabar la valentía de quienes tomaron la decisión de

conferirme el grado de **doctor honoris causa**. Decisión valiente porque no cabe duda de que otros la habrían rehuido, haciendo buena la frase de Séneca de que <<**No nos falta valor para emprender cosas porque sean difíciles, sino que son difíciles porque nos falta valor para emprenderlas**>>. No les defraudaré.

Ninguna cosa, ninguna meta es difícil si se afronta con valentía y decisión. El valor es la piel que envuelve a la responsabilidad y ambos, los componentes que cualquier servidor público debe proclamar y demostrar desde ahora y desde siempre; y, hacerlo frente a unos y frente a otros, en defensa de los ciudadanos, sin renunciar a la defensa de la verdad, frente a los que con mentiras viles buscan destruirla.

Debemos pensar el presente aprendiendo de lo vivido en el pasado para construir un futuro, firme y coherente. Los traumas que el mundo está sufriendo no pueden resultar baldíos. De ellos,

debemos extraer lo positivo y determinar lo que no debemos repetir, y, para ello no disponemos de oportunidades infinitas.

<<La humanidad tiene en sus manos las piezas dispersas del rompecabezas para comprobar si es capaz de ordenar las mismas. De hacerlo o fracasar va a depender que hallemos la verdad, la virtud y la felicidad>>. (Isaiah Berlin).

Este proyecto de construir un mundo más justo y solidario, en el que todos estamos implicado debe partir de **<<unos valores basados en las viejas normas universales que diferenciaban a los hombres civilizados, aunque fueran torpes, de los bárbaros, aunque fueran inteligentes>>** (Isaiah Berlin).

Sin embargo, no estoy seguro de que estemos haciendo todo lo necesario para corregir el rumbo que, ahora en forma de crisis económica, antes en forma de terrorismo y de crímenes contra la humanidad, y, siempre en forma de pobreza, baja educación, falta de justicia o corrupción, el mundo lleva.

Es el momento de luchar para conseguir el ideal de felicidad y por reducir las cifras de la desesperanza, la pobreza y la indiferencia. Hemos de extraer lo mejor de cada ser humano porque lo peor se exhibe día a día para vergüenza de todos. Debemos, de una vez, diferenciar la realidad de la apariencia y demostrar que la verdad y la honestidad son posibles y es lo que realiza plenamente al hombre.

Debemos conocer el mundo y para ello debemos conocer la inmensa cartografía de sus diferencias. La globalización no puede acabar con las culturas del mundo: sólo añadir otra más. La base de esta cultura global es el pluralismo, como valor que abarca a todos los demás y que nos conducirá a una unidad diversa.

La situación política y económica y de crisis humanitaria que se vive en países como Zinwabe, Somalia, Sudan, Congo, Bolivia, Honduras, Palestina, Irak, Afganistán, Pakistan, Filipinas, Miyanmar y tantos otros países en los que los dictadores que gobiernan o los que, desde la incompetencia y la

corrupción, han llevado a estos países y a sus ciudadanos a la ruina psíquica y física, es inaceptable e inmoral, porque la solución de estos problemas no depende de las fuerzas de la naturaleza, sino de la acción de los gobernantes y dirigentes que, en muchas ocasiones también las propiciaron.

Igualmente es cierto que, cada vez, resulta más frecuente ver a muchos que, ostentando el poder lo usan en provecho propio; otros, que, sin tener conciencia, se apoderan de las conciencias de las personas a las que manipulan; o los que, teniendo obligación de hacerlo, prometen y no cumplen; o aquellos que, por sus acciones y omisiones, destruyen la confianza de los ciudadanos en las instituciones.

Frente a estas realidades, sólo una postura firme y decidida, incluso intransigente, frente a los fenómenos que propician este tipo de hechos, es imprescindible y urgente. Sólo la acción es la alternativa posible.

Por ello, la lucha contra la corrupción, a todos los niveles, es uno de los caminos más importantes para regenerar la credibilidad de los ciudadanos en la política, en el sistema de partidos y en el propio sistema económico en una democracia. La corrupción, si no se combate con la firme decisión de erradicarla, emponzoña todo y constituye el sustrato de la desconfianza de los ciudadanos, el autoritarismo y la impunidad.

Los ciudadanos tienen el deber de ser intransigentes con la corrupción; los servidores públicos tienen la obligación de eliminarla, y los jueces, la importantísima misión de adelantar la persecución implacable de la misma y transmitir a la sociedad en general que no todo vale y que disponen de un sistema judicial que puede y debe actuar, sea cual fuere la complejidad del asunto o la importancia del infractor. La ley es igual para todos y nadie está por encima de la misma.

Los jueces como los políticos, y demás servidores públicos deben ser el espejo impoluto en el que los ciudadanos se miren y se reconozcan.

Desgraciadamente y con frecuencia la imagen en ese espejo aparece distorsionada y sólo ofrece una representación grotesca de unos y de otros.

Todos integramos el Estado y, a aquellos que lo representan y dirigen se les debe exigir prudencia y responsabilidad en sus decisiones y en la forma de transmitirlos. Con demasiada frecuencia y gratuidad, impropias de la posición que ocupan, y por intereses privados o partidistas o, incluso, simplemente mediáticos, algunos ponen en tela de juicio los principios de ese Estado, socavando los pilares básicos sobre los que se sustenta.

La crítica, como la opinión, deben ser medidas y fundadas para que gocen de la credibilidad necesaria, y, su manifestación prudente, cuando afecta a hechos esenciales para la convivencia o

la seguridad de las personas, máxime si existe riesgos grave o inminente para las mismas.

Los jueces modernos deben ser unos profesionales absolutamente comprometidos en la **defensa de los derechos humanos**, pero no como mera retórica para afirmarlo en un acto como éste, sino día a día, asumiendo el deber de defenderlos o abandonar el cargo. La de juez no deber ser una profesión cómoda, sino ciertamente comprometida con aquellos que más necesitan su protección. No se trata de ser héroes, sino simplemente de asumir el papel que les corresponde en un Estado de Derecho.

Pero actuar con imparcialidad e independencia no significa olvidar el papel integrador que el Poder Judicial, junto con los otros poderes del Estado, tiene en éste para afrontar los retos que tiene que asumir en la defensa de los derechos de los ciudadanos.

No debe olvidarse que la Justicia además de ser un valor y un principio, es un servicio público y los jueces servidores

públicos, por ello el compromiso responsable de estos con la sociedad es imprescindible e indiscutible y para que sea eficaz deben proporcionarse los instrumentos necesarios para conseguirlo.

Más allá de las meras y frías estadísticas, al Poder Judicial, hay que dotarlo de alma, sentimientos, entrega y vocación en defensa de las víctimas que conduzcan a éstas del miedo a la esperanza, contribuyendo con ello a recuperar las bases morales que dan fuerza a un pueblo como fundamento de la sociedad democrática.

El juez, sea cual fuere su estatus o posición, en los grandes asuntos y en los pequeños, tiene que desplegar toda su capacidad para ofrecer la seguridad que el ciudadano exige.

La función de juzgar es muy difícil; por ello, quienes la ejercemos, tenemos la obligación no sólo de conocer el derecho,

sino de aplicarlo con **apego a la legalidad, pero también con lógica y equidad, porque así será más difícil el error.**

Si una conciencia jurídica legítima conlleva un nivel de exigencia ética creciente, se debe concluir que, frente a la pasividad de la justicia o la imposibilidad de su ejercicio en cualquier país, la práctica de una justicia universalmente válida puede y debe eliminar toda sombra de impunidad allí donde se produzca el ataque y conseguir con ello que su aplicación ennoblezca cada vez más al ser humano. La presencia de un Derecho común, universalmente compartido, plasmando en el principio de Justicia Penal Universal, significa la lucha sin descanso por la libertad y la dignidad del hombre. Y, la mejor defensa frente a cualquier ataque que la Comunidad Internacional sufre en forma de genocidio, guerra y lesa humanidad es la respuesta universal contra quienes propiciaron y ejecutaron el ataque.

La percepción de que no existen fronteras para la lucha contra la impunidad contribuye a dar mayor seguridad a los

ciudadanos y a que desaparezcan los “guantánamos” del mundo. Esa es la finalidad de la Corte Penal Internacional y de la Justicia Penal Universal. El único lenguaje común en el mundo es el de los derechos humanos y, su defensa la patria irrenunciable donde debemos encontrarnos todos.

Si esto es así, como lo es, deberíamos preguntarnos por qué razones hoy día, y España ha sido el último país en sumarse a la iniciativa, se trata de reducir extraordinariamente el ámbito de aplicación de aquel principio.

Es triste que nuestro país, que ha sido paladín en la aplicación de la Justicia Penal Universal y en la lucha contra la impunidad ocupando un lugar de respeto y reconocimiento en el mundo, se apunte, ahora, a la restricción, incluso a su desaparición de facto, y lo haga sin debate, sin consulta a ninguno de los mecanismos previstos para ello, y, aprovechando una ley de la oficina judicial, cual acción clandestina.

Se renuncia con ello al papel integrador que la Justicia Universal tiene, y se da preferencia a los intereses económicos, políticos y diplomáticos de los países que, a la postre, favorecen siempre a los perpetradores.

Créanme que como jurista, como juez y como ciudadano siento vergüenza por una decisión que perjudica a las víctimas y favorece a los victimarios.

Yo pido perdón a las víctimas, que en estos casos, lo somos todos, como parte del género humano, por este nuevo atropello.

Una vez más, la historia se repite y se acepta con pasmosa indiferencia el destino de miles de víctimas y la falta de sanción para los que las masacraron o desaparecieron. Asumir, sin rechistar, estas normas y actitudes nos condena y nos degrada frente a quienes con la dignidad completa, han luchado y seguirán luchando para que el adormecimiento de la sociedad no se produzca, y lo harán dando vueltas, envejecidas, demacradas por el dolor y con sus andares cada vez más lentos pero no por ello

menos firmes, a todas las “**Plazas de Mayo**” del mundo, para que no se olviden las atrocidades cometidas y para que nuevamente se les abran las puertas de la justicia que ahora, ominosamente, se tratan de cerrar.

Querido amigos y amigas, en nombre de la libertad se mata, se tortura, se secuestra o se violan masivamente los derechos humanos y, ello, a veces, se hace desde una legalidad aparente o formal. Frente a estos hechos, es necesario reivindicar la acción de un poder judicial independiente que imposibilite cualquier exceso en aras a una mal entendida seguridad de los ciudadanos frente a fenómenos como el crimen organizado o el terrorismo. La acción de las organizaciones criminales, debe ser combatida con contundencia y eficacia. Permitir que el crimen organizado expanda sus tentáculos no sólo perjudica nuestra seguridad sino que atenta contra las normas del mercado, aparta del control oficial miles de millones de euros y perjudica a todos los ciudadanos y países. La lenidad en la persecución de estas

conductas acrecienta el riesgo de penetración delictiva y de corrupción en el sistema, por parte de aquellos grupos y personas.

El terrorismo que tanto dolor ha producido y produce en España debe ser combatido con toda la fuerza de la Ley, pero sin que se dé cobertura a cualquier acción ilegítima por parte del Estado. Ahí radica nuestra legitimidad para combatirlo, hasta acabar con él. Y, debo transmitir un mensaje de esperanza, en España acabaremos pronto con el fenómeno terrorista. En ello estamos empleando toda nuestra voluntad, conocimientos y esfuerzos. La acción global y coordinada, desarrollada en forma constante y permanente en todos los frentes, es el medio más eficaz para hacer frente a un fenómeno tan complejo y para acabar con él. Tenemos los medios, disponemos de las personas y poseemos el conocimiento suficiente para expulsar de la vida española esta lacra violenta, vergonzosa y obsoleta.

El terrorismo es buen ejemplo, en sus variadas formas, del narcisismo étnico, la intolerancia y la xenofobia y de una supuesta

independencia irreal, selectiva, insolidaria y excluyente que debemos rechazar.

Las palabras de Voltaire, son dramáticamente certeras: <<**El mejor modo de fundamentar la tolerancia es luchar contra la intolerancia**>>.

Los terroristas, como los genocidas y demás adictos al fanatismo religioso y a la intolerancia, no tienen más argumentos que, la cobardía y la violencia. Borges nos recuerda la historia del caballero a quien, en medio de una discusión teológica, su contrincante le arrojó a la cara un vaso de vino. Sin inmutarse, el agredido replicó <<**esto, señor, es una disgresión, ahora espero su argumento**>>.

Los defensores de la intolerancia actúan como ese agresor, y carecen de argumentos; no dejan lugar a la razón común, y con su acción quieren borrar al contrincante, si es un adversario, o aniquilarlo, si es un enemigo. Los intolerantes no dudan;

descienden por línea directa al autoritarismo, que siempre se reviste de verdad inmutable. Cargados de consignas, son disciplinados y sumisos, tergiversan la realidad y la historia, a las que **“nacionalizan”** y finalmente se inmolan y matan por supuestas ideas trascendentes que únicamente existen en el hueco de su cabeza. El oficial, de **“En la Colonia penitenciaria”**, de Kafka, es un adicto a la intolerancia. Preocupado únicamente por la eficacia de su máquina de matar, confunde la justicia con la necesidad de víctimas. Por eso, ni en sueños reciben los intolerantes la visita de la duda.

Frente a la intolerancia debemos oponer siempre a la libertad que se abrocha irrefutablemente con la paz; una paz democrática, incardinada en el derecho y en la justicia. **“La libertad – afirmaba Manuel Azaña, Presidente de la II República Española - no hace felices a los hombres, los hace sencillamente hombres”**. Ahora que el concepto de seguridad pugna por sofocar y neutralizar al concepto de libertad, es preciso volver a cantar la gloria constitutiva de la libertad humana como

la única empresa y aventura irrenunciables. Frente a la injusticia y la infamia sólo cabe una “pedagogía de la indignación activa” cimentada en la libertad. Frente al curso fatal y siniestro de los acontecimientos, sólo cabe una oposición firme que ponga a prueba, desde la libertad, nuestra capacidad para cambiar el ritmo de la historia.

Frente a la “trinchera” que destila odio y segrega venganza, sólo cabe el ejercicio de una libertad que, desde el coraje y la convicción ética, interpele y desafíe la mezquina “gloria” de los intolerantes, y, cubra de garantías a quienes ninguna respetan. Karl Popper lo afirmó sin rodeos, **“sólo la libertad parece hacer segura a la seguridad”**. Y entre ambas cubre todo el espectro garantista que pueda exigirse, pero a la vez contiene su excusa.

La única paz posible y verdadera es una paz justa, libre y democrática. Demos por ello validez actual a las palabras del Padre Juan de Mariana pronunciadas en el lejano siglo XVI, cuando decía: **“bueno es el nombre de la paz, sus frutos**

gustosos y saludables; pero advertid que bajo el color de la paz no nos hagamos esclavos. A la paz acompaña el respeto y la libertad; la servidumbre es el mayor de los males, y se debe rechazar con todo cuidado con las armas y la vida si fuese necesario”.

Hoy es un buen día para cimentar la lucha por la libertad y la justicia. Y es que sólo en libertad, la justicia, la vida y nuestra lucha cobran sentido. El destino no está trazado en las estrellas; lo formamos nosotros día a día; **ni tristezas, ni olvido; ni impunidad ni justificación. Es preciso vencer el miedo y hacerle frente en cualquier esquina con la mano abierta y el corazón entero.**

Sr. Rector, apropiándome de las palabras de Gabriel García Márquez:

«Con toda modestia, pero también con toda la determinación del espíritu, propongo que hagamos ahora y aquí el compromiso de cambiar y fabricar un arca de la memoria,

capaz de sobrevivir el diluvio atómico. Una botella de naufragos siderales arrojados a los océanos del tiempo, para que la nueva humanidad de entonces sepa por nosotros lo que no han de contarles las cucarachas; que aquí existió vida, que en ella prevaleció el sufrimiento y predominó la injusticia, pero también conocimos el amor y hasta fuimos capaces de imaginarnos la felicidad. Y que sepa y haga saber por todos los tiempos quienes fueron los culpables de nuestro desastre, y cuán sordos se hicieron nuestros clamores de paz para que esta fuera la mejor de las vidas posibles y con qué inventos tan bárbaros y por qué intereses tan mezquinos los borraron del Universo».

Sr. Rector, con su venia termino, no sin antes agradecer nuevamente el honor conferido por la Universidad que V.E. preside y, haciéndolo extensivo a todo el claustro y específicamente a Juan Manuel de Faramiñán que ha predicado palabras tan bonitas que sólo desde la amistad de aquellos que han hablado con él y desde la suya propia pueden comprenderse.

Ante ustedes tienen a un torreño, hijo de agricultores, amigo de sus amigos y amante de las tierras del Santo Reino, que tiene muy presente:

-Que esta tierra es el orgullo sustentado de los olivos milenarios que nos vieron llegar y nos verán partir;

-El firme donde se asientan las sierras de Segura, Cazorla, Las Villas, Morena y Mágina;

-El lecho de los ríos Guadalquivir, Segura, Guadalbullón, Guadalimar y tantos otros;

-Que esta tierra es la del “ronquío” y en donde se deja de andar para aprender a pasear, a mirar a través de las ventanas y a oír el crepitar de los troncos retorcidos en la chimenea íntima del hogar;

-Que es tierra en donde se busca la paz y la otredad como una aventura necesaria y una tierra en cuyas piedras venerables se lee un pasado glorioso y un futuro prometedor;

-Y es una tierra en la que, el castillo noble de Jaén, las lomas de Baeza, la frescura de las Villas, el éxtasis de Sierra Mágina con Torres al fondo, las noches plateadas por millones de olivos

embozados, **continuarán cerca, próximos al caminante para consolarle, cuando la soledad lo inunde.**

Queridos amigos y amigas, tenemos la obligación de entregar a nuestros hijos un mundo mejor del que recibimos, si no lo conseguimos habremos fracasado. Rindo homenaje a nuestros mayores, **a ti madre**, en representación de todos aquellos que lucharon porque sus hijos prosperaran y conquistaran el futuro que a vosotros se os negó. Vosotros sois ejemplos de vida, fuisteis héroes de carne y hueso y sois puntos de referencia éticos en una sociedad carente de ellos. Ningún esfuerzo es baldío, ninguna acción deber ser despreciada, y, frente a la impotencia del fracaso, deberemos aplicar la ilusión de lo que resta por obtener.

Vosotros jóvenes que hoy nos acompañáis, no abandonéis la bandera de la rebeldía y tampoco os durmáis en el lecho de la ignorancia. Vosotros sois los que estáis en condiciones de cambiar el mundo y hacerlo sólo depende de que os lo creáis, y de que luchéis por ello.

Gracias.